

Ghiano por el Libre

## Narcisa, mujer para disputar

**A**NTONIO Larreta quiso dirigirla cuando estaba al frente de la Comedia Nacional, Carlos Muñoz la anunció para su Cia. Florencio Sánchez, Artistas Teatrales Asociados la hubiera hecho de continuar su temporada 1964 en el Cervantes, Teatro Libre ya la acarició hace tres años.

Tanto interés de representación teatral montevidense no es para el último grito de la escena europea o americana sino para una obra argentina, de autor actual, aunque sin tema comprometido. Otras son las valiosas razones que hacen de *Narcisa Garay, mujer para llorar* de Juan Carlos Ghiano una pieza disputada. Estrenada en 1959 por un elenco innominado, en una carpa de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Buenos Aires, en un lugar tan poco céntrico como Belgrano, con la única sólida garantía previa del fino escenógrafo Luis Diego Pedreira en el equipo, su éxito rebasó la platea para llegar a Primer Premio de Drama de Argentores y Primer Premio de Teatro de la Municipalidad de Buenos Aires de ese año. Su encanto fundamental radica en que es un sainete escrito fuera de época, la sutil y talentosa revisión de un estilo periclitado emprendida cincuenta años después con una posición al mismo tiempo humorística, crítica y afectiva. Aunque el autor la ha bautizado "tragicomedia", aunque la ha situado en una casa de inquinato de 1940 con indudable fe por el género, la historia de *Narcisa Garay, mujer brava y disputada*, encendida por los hombres pero desgraciada por ellos, está en una clara línea revisionista del teatro que Vaccarezza, Novion y otros lograron hacer salir del picadero circense. Pero la

revisión es incisiva hasta el punto de constituirse en una sátira del sainete, en una deliciosa y melancólica anotación de sus cursilerías, sus compadritos de cartón, sus solteronas mustias y murmuradoras, sus pasiones primitivas. El cuadro es así de una indudable riqueza y originalidad, y *Ghiano* no vacila en agregarle toques de moderna dramaturgia como la presencia de un narrador trovero que ordena la acción. El otro atractivo fuerte de la pieza, el que la hace realmente desusada, el que justifica la denominación autoral de "tragicomedia" es precisamente la "mujer para llorar", esa *Narcisa Garay* hembra a pesar suyo, esa heroína fatalista que atraviesa el esquema del viejo sainete con una vital sinceridad presente.

Los antecedentes del dramaturgo, un entrerriano de cuarenta y cuatro años, justifican el tono de la obra. Profesor de Literatura e Historia del Teatro, ensayista fecundo de la novela y la poesía argentinas, prologuista de *Mansilla*, *Sánchez*, *Gardel*, *Discépolo*, *Martínez Estrada*, *Eduardo Gutiérrez*, llegó al escenario tardamente pero con un sólido conocimiento potencial de su diálogo, su ritmo, su estructura de situaciones. En confesión casi tradicional, afirma haber escrito teatro durante quince años para guardarlo en un cajón de su escritorio y haber concluido *Narcisa* nueve años antes de su conocimiento público. Previa y posteriormente a ese éxito hay otros dos títulos —*La Casa de los Montoya* (1954), *La Moreira* (1962)—, que no alcanzaron la misma celebridad, a pesar de que el segundo fue terminado a pedido expreso de Tita Merello. *Ghiano* sigue enseñando Literatura Ar-

gentina en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata.

Los antecedentes de *González Santurio* para encarar la dirección del estreno montevidense de la pieza (*Teatro Libre* en el *Salvo*, sábado 16) son también cortos pero expresivos en el caso. Después de una sólida y larga carrera de actor independiente, centrada en personajes recios y fuertes, debutó en la puesta en escena con un espectáculo infantil (*La familia espantapájaros*) pero su segundo trabajo fue significativamente un sainete (*La fonda del pacarito*). A primera vista, *Narcisa* parece el riesgo más cierto de esa trayectoria y el director confiesa haberlo encarado con ganas. No disimula su confianza en la pieza y el placer con que la fue trabajando durante dos meses. A pesar de que en sus tres cuartas partes puede considerarse una obra reidera y de las llamadas "de público", su inclusión en la temporada veraniega no responde a ninguna política de repertorio de Teatro Libre sino a la lógica necesidad de mantener el *Salvo* activo. Dice estar conforme con el resultado de los ensayos, aunque sobre la marcha no sólo fue modificando, aclarando y recreando ideas, sino también cediendo en algunas sólidas premisas ("Quería dirigir solamente pero dirigió, actuó y canto. Me imaginaba las dos solteronas de la obra como figuras altas y estiradas y ahora son dos gordas"). La explicación de estos renuncios está en problemas de reparto, un mal que el teatro independiente se empeña en arrastrar. Vestuario y escenografía de este espectáculo fueron diseñados por *Yenia Dudnova* y la iluminación es de *Carlos Torres*. — G.A.R.